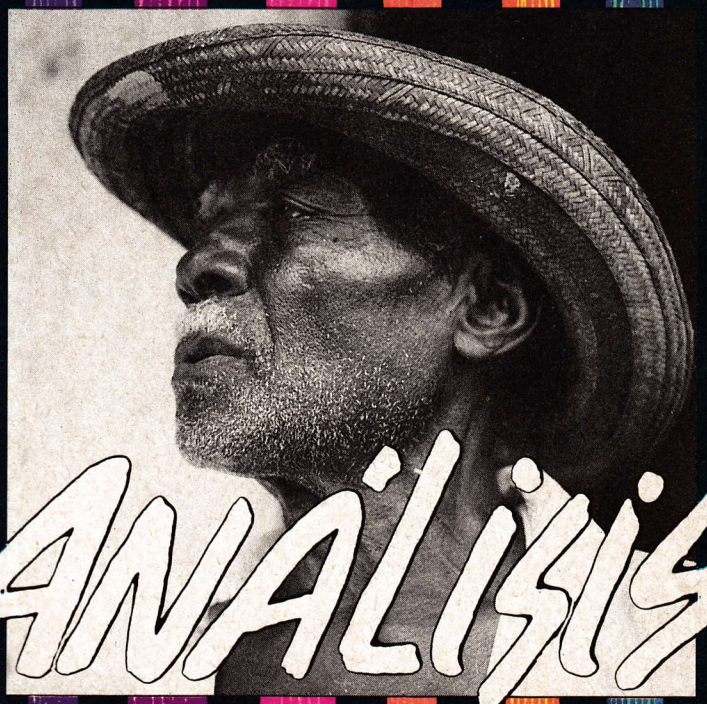


ANÁLISIS

CONFLICTO SOCIAL Y VIOLENCIA EN COLOMBIA

DOCUMENTOS OCASIONALES N° 64
NUMERO EXTRAORDINARIO

CINEP
CENTRO DE INVESTIGACION Y EDUCACION POPULAR

0980253114 7

SUMARIO

La crisis del bipartidismo:
Entre la modernidad y la tradición
FERNAN E. GONZALEZ GONZALEZ — 5

Colombia:
Cien años de exclusión
FABIO ZAMBRANO PANTOJA — 13

La guerra y la paz privadas:
El occidente de Boyacá
MARIA VICTORIA URIBE ALARCON — 19

De Marquetalia a Casa Verde:
Permanencias de la lógica de exclusión
JOSE JAIRO GONZALEZ ARIAS — 24

La profesionalización militar:
Un paso hacia la modernización
ELSA MARIA BLAIR — 29

Las negociaciones con la guerrilla:
Sentido político y alcances
MAURICIO GARCIA DURAN — 35

El reencuentro del EPL
con la sociedad
FABIO LOPEZ DE LA ROCHE — 41

Fotografía Fernando Urbina U.N.

Análisis 5

CONFLICTO SOCIAL
Y VIOLENCIA EN COLOMBIA

DOCUMENTOS OCASIONALES N° 64
NUMERO EXTRAORDINARIO

ABRIL DE 1991

CINEP

CENTRO DE INVESTIGACION Y
EDUCACION POPULAR
CINEP

Carrera 5ª N° 33-A-08
Teléfonos 285-1840, 285-8977
Bogotá, Colombia S. A.

Consejo Editorial
- Luis Mauricio Cuervo
- Francisco De Roux R. director CINEP
- Martha Cecilia García
- Claudia Lucía Herrán M.
- Ricardo Vargas M.

Director
- Fernán E. González G.

Edición
- Fernán E. González G.
- Claudia Lucía Herrán M.

Equipo de investigadores
- Elsa Blair Trujillo Durán
- Mauricio García Díaz
- Fernán E. González González
- José Jairo González Arias
- Fabio E. López de la Roche
- María Victoria Uribe Alarcón
- Fabio Zambrano Pantoja

Coordinación Editorial
- Helena Gardeazábal G.

Diseño y Diagramación
- Víctor Sánchez Gómez

Preparación Litográfica
- Grupo Editorial 87 Ltda.

© CINEP ABRIL DE 1991

La guerra y la paz privadas:

El occidente de Boyacá

Mama Coca
El Papel de la Coca
www.mamacoca.org

MARIA VICTORIA URIBE ALARCON
Antropóloga Universidad de los Andes. Investigadora CINEP

El occidente de Boyacá no escapa a la lógica de otras regiones colombianas, marginadas y excluidas de los procesos modernos de desarrollo. Su historia reciente está caracterizada por una guerra que no la determina ni el bipartidismo ni la insurrección de izquierda sino el afán de lucro que gira alrededor de la explotación de las esmeraldas. Las particularidades que presenta la organización del poder local, su entronque con la Nación, la presencia de formas endémicas de violencia y el proceso reciente de paz, convierten la zona en un caso digno de estudio.

Una región de frontera

La zona esmeraldífera del occidente de Boyacá está constituida por los municipios conservadores de la cuenca del río Minero como Otanche, Borbur, Pauna, Muzo y Maripí, y otros de filiación no tradicional como Coper. Su condición de frontera cultural y geográfica entre diferentes etnias data de la época prehispánica y se prolonga hasta nuestros días, determinando la marginalidad de esta región de vertiente, cuya extensión cubre, de norte a sur, desde la provincia de Vélez en Santander hasta el triángulo Yacopí-La Palma-Pacho en el occidente de Cundinamarca.

La imagen que el país tiene de la cuenca del río Minero, constituida en parte por el impenetrable territorio Vásquez, es ambigua. El territorio, escasamente habitado y dejado de lado por el Estado, fue privilegiado por la naturaleza con las más finas esmeraldas del mundo. Su triple carácter de escondite de maleantes, territorio de guerra de bandas enemigas y refugio de guerrilleros, ha hecho del occidente de Boyacá un lugar aparte en el imaginario de los colombianos.

El eje económico de toda esta región lo constituye la explotación de las minas de esmeraldas de Muzo, Peñas Blancas y Coscuez. El enriquecimiento inmediato que resulta del hallazgo de una esmeralda valiosa supone una acumulación repentina y grande de capital. Lo anterior determina la existencia de una masa flotante de guaqueros, procedentes de todas las regiones del país, compuesta por hombres, mujeres, niños, vagabundos, desocupados y aventureros dedicados a la minería clandestina y atrapados por el fantasma de la acumulación rápida. Los vínculos económicos de la región con la Nación se establecen a través de los comerciantes locales quienes sacan las esmeraldas para venderlas en el país y en el extranjero.

En la zona esmeraldífera coexisten tres formas de resolución armada de los conflictos sociales. La primera de ellas, el bando-

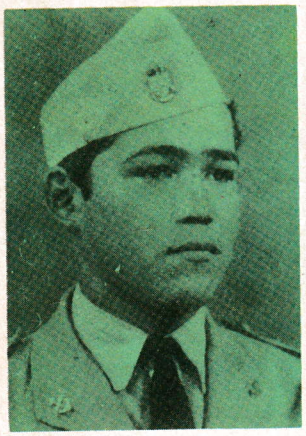
lerismo delincuencial, ligado estrechamente a la explotación de las esmeraldas, tiene predominio en el área, legitimidad local, y raigambre y cobertura municipal. Las otras dos formas son marginales: los Frentes XXI, XXIII y X de las FARC, ubicados en los municipios de Maripí, Buenavista, Tununguá y La Victoria, y las autodefensas de la región.

Naturaleza de la guerra en el occidente de Boyacá

Desde 1947 el Banco de la República venía explotando de manera excluyente y monopolista las minas de Muzo y Coscuez. Esa forma de extracción marginó del sistema de explotación a la población local y generó descontento, incidiendo en la aparición, hacia 1960, de la minería clandestina, cuyo centro fueron las minas de Peñas Blancas (1).

Con el fin de reglamentar el comercio ilícito y el desorden que éste implicaba, fue reclutado, por los concesionarios de entonces, el bandolero Efraín González, originario de Jesús María, Santander, quien convirtió a Otanche en su centro de operaciones. De esta época data la identificación masculina en el occidente de Boyacá con ciertos estereotipos de la cultura rural mexicana como son los caballos finos, los revólveres al cinto, la certera puntería y las rancheras. A la muerte de Efraín González, en 1965, la región se sumió nuevamente en el caos.

En 1969 el Banco de la República, desbordado por la actividad clandestina y los problemas de orden público derivados de ella, se retira de la zona. Un año más tarde, el Estado entrega las minas a concesionarios particulares, creándose la Empresa Colombiana de Minas, ECOMINAS, encargada



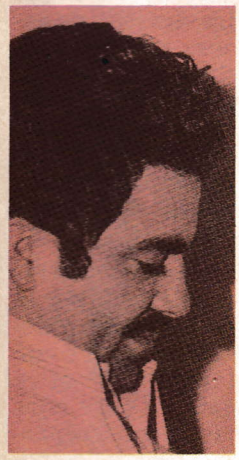
Efrain González

de la explotación en Muzo, Coscuez y Peñas Blancas. A raíz de esta concesión, la región minera se dividió en grupos antagónicos integrados por los que usufructuaban de la empresa y los excluidos de los beneficios que ésta generaba.

Para suceder a González, fue reclutado Humberto Ariza, a. "El Ganso", quien se enemistó con sus patronos originando una primera guerra, que dejó 670 muertos con otro tanto número de heridos. En 1974 se suspenden las labores en las minas debido al incremento de la delincuencia; dos años más tarde, la violencia se había generalizado y los muertos eran diarios (2). Esta primera guerra se prolongó hasta 1976, año en que Isauro Murcia, uno de los patronos, impulsó un proceso de paz que duró hasta 1984.

A comienzos de la década de 1980, el Estado le adjudica las minas de Quipama y Muzo a la Empresa TECMINAS, cuyos socios son Víctor Carranza, Juan Vitar y Gilberto Molina, entre otros. La adjudicación de la mina de Coscuez se hizo a la empresa ESMERACOL, uno de cuyos socios era Francisco Vargas.

A partir de esas adjudicaciones y del asesinato en 1984 del minero caleño Arsenio Acero, muy estimado en Coscuez, la región esmeraldífera se escinde en dos bandos irreconciliables:



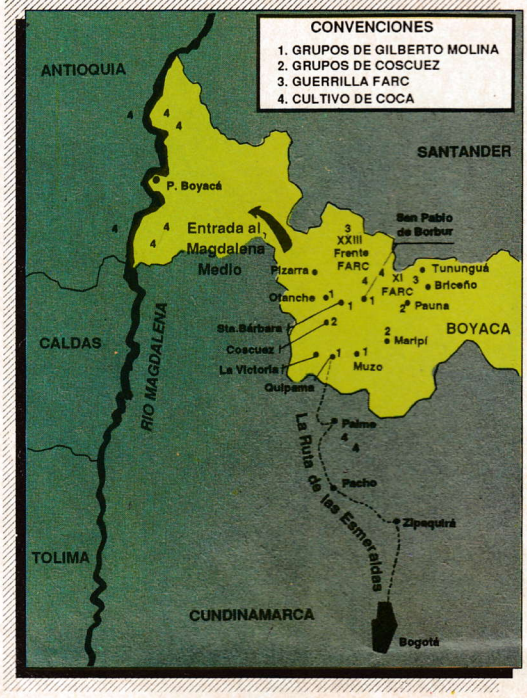
"El Ganso"

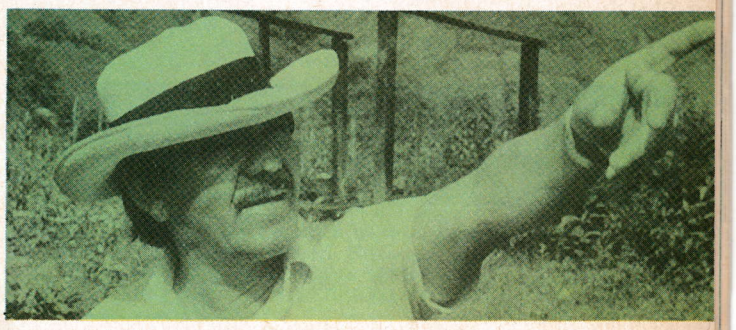
1. **El grupo de Coscuez,** compuesto por guaqueros y comerciantes, un grupo muy cerrado y sin vínculos externos, aglutinados alrededor de una lucha regionalista liderada por los Barrera, los Murcia y los Cañón, entre otros. En retaliación por el asesinato de Acero, este grupo vengó su muerte matando a Laureano López, concejal de Otanche, hecho que dio origen al grupo de Borbur. El narcotraficante Gonzalo Rodríguez Gacha, quien tuvo relaciones muy estrechas con la gente de Coscuez, logró encerrar al grupo de Borbur entre territorios sometidos a su influencia.
2. **El grupo de Borbur,** liderado por Gilberto Molina y compuesto por comerciantes, por parientes del concejal asesinado y por varias familias de Otanche, Santa Bárbara y Borbur como los Castellanos, los López, los Barrera y los Salinas, entre otros. Este grupo tiene vínculos con el ejército, con la iglesia y con políticos nacionales.

La jerarquía interna de los grupos

Los grupos económicos surgidos alrededor de la explotación de las minas tienen una organización jerarquizada en cuya cima se encuentran los **patrones** o **propios**, reverenciados por sus subalternos y caracterizados por combinar un incuestionable don de mando con la benevolencia hacia los desposeídos. Debajo se ubican los **planteros**, personajes que determinan el orden económico, político y social de la zona. Se trata, básicamente, de comercian-

LAS FUERZAS EN LA GUERRA DE LAS ESMERALDAS





Víctor Carranza

tes que financian al guaquero y que establecen un contrato tácito por medio del cual el guaquero recibe alimento y herramientas a cambio de su fuerza de trabajo. La contraprestación de este contrato es "ir en socia" con el plantero, es decir, repartir por partes iguales el fruto de la guaquería.

Esta relación inicial de trabajo se va modificando con el tiempo; la acumulación es rápida y el plantero debe ser, para el guaquero, la primera opción de compra siendo el plantero quien fija el precio. Esta relación configura lealtades que, con el transcurrir del tiempo, incidirán en la conformación de grupos ligados por vínculos primarios (3).

Parte importante de esta red la constituyen los **jefes militares** de la organización, quienes manejan el orden; de ellos dependen, directa o indirectamente, hasta unas 600 personas; los **líderes cívicos** son los encargados de la organización municipal; para ello se valen de los **rasos**, muchachos que conforman los grupos armados al servicio de la organización.

Estas bandas armadas ejercen una hostilidad permanente contra la población vinculada a la explotación de los yacimientos. Durante la guerra, uno de los mecanismos de hostigamiento de las bandas eran los panfletos anónimos, escritos con un lenguaje militarista, amenazante y justiciero. En ellos se acusa y amenaza no sólo a los enemigos directos del otro bando sino a políticos, parlamentarios y senadores ligados con los esmeralderos por vínculos de compadrazgo y por lealtades políticas.

En la base de la organización se encuentran los mineros llamados **guaqueros**, y los campesinos, que hacen las veces de guaqueros ocasionales.

En estos territorios de guerra eran frecuentes los asaltos nocturnos a las respectivas minas por parte de cuadrillas del bando contrario, en un ambiente de temor por las retaliaciones que este hecho suscitaría posteriormente (4). La vigencia de estas bandas en la zona minera se debe, fundamentalmente, a dos hechos: a la existencia de una gran masa de población flotante miserable, especie de ejército de reserva de los grandes comerciantes que quieran contratar sus servicios y a la presencia de gran número de huérfanos, ansiosos de vengar a sus parientes muertos.

En este escenario, caracterizado por la resolución violenta de los conflictos y por el afán de lucro, la cultura de los esmeralderos gira en torno a valores absolutos como la lealtad y la palabra. Manejan una ética muy particular, que consiste en cubrir los asesinatos con actos de caridad como repartir dinero a los más necesitados o de servicio público como construir escuelas u hospitales; los alienta la creencia en una justicia divina que a la hora del juicio aplicará la ley de la compensación.

Gilberto Molina

La llegada de la paz

Esta guerra declarada cuyo saldo fueron 3.000 muertos, producto de las venganzas y retaliaciones entre los dos grupos, finalizó en julio de 1990 con la firma de la paz, propiciada y auspiciada por los jefes de ambos bandos y el obispo de Chiquinquirá como testigo. Este pacto privado de no agresión, nacido del común acuerdo de los dos bandos agotados por el baño de sangre, se estructuró a partir del diálogo entre los dirigentes de ambos grupos teniendo como base los siguientes puntos:

1. Cese inmediato del fuego.
2. Desactivación y desmovilización de los grupos de autodefensa que actúan en la región.
3. Erradicación del narcotráfico en lo que se refiere al cultivo, procesamiento y comercialización.
4. Veeduría del proceso por parte de la Procuraduría General de la Nación.
5. Participación de ESMERACOL, respetando su autonomía, en la generación de empleo.
6. Libertad de tránsito, comercio y laboreo en la zona de conflicto.
7. Creación de las condiciones y garantías necesarias para el retorno de quienes han abandonado sus propiedades.
8. Rescate, para la región, del Estado de Derecho.
9. Solicitud de monitoría y coordinación al obispo de Chiquinquirá, monseñor Jarro Tobos.
10. Creación de las condiciones para el desarme.

Al contrario de lo sucedido con las guerrillas, cuyos procesos de paz han sido inducidos por el Estado, en el caso del occidente de Boyacá se trata de un pacto entre individuos que evidencia cómo el ámbito de lo privado invade todos los espacios de la vida de una región. En la zona esmeraldífera la guerra es privada y, por supuesto, la paz también lo es. La justicia es asunto de unos pocos, la religiosidad es privada y está desligada de la ética. Lo fundamental en ese caso, y cuestión de vida o muerte, es saber a qué grupo se pertenece y a quién se está ligado por una red de reciprocidades.

La autora agradece la confianza y generosidad de Otanche y Coscuez, entrevistadas por conducto de Antonio Ordóñez y Andrés Torres, estudiantes del postgrado de Ciencia Política de la Universidad de los Andes. A Fernán González, sus valiosos comentarios y sugerencias.

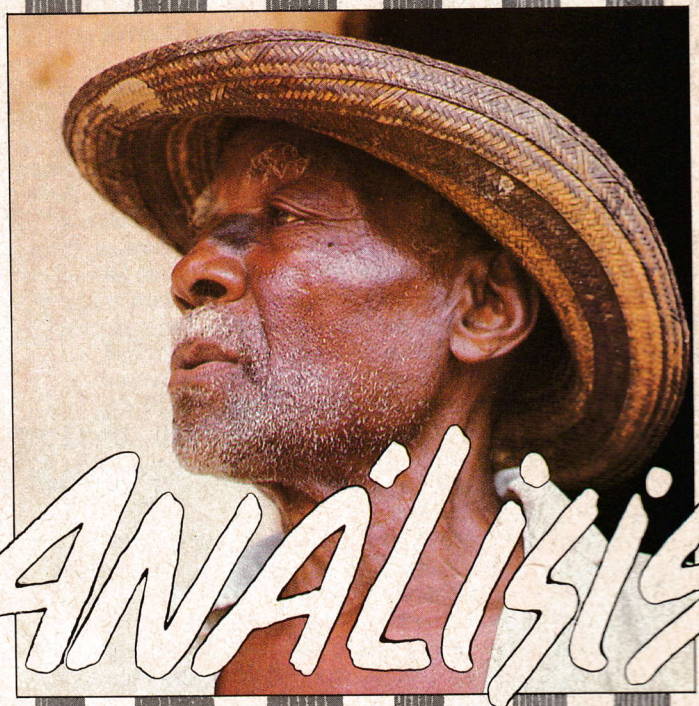
Notas bibliográficas

(1) Una descripción detallada de ésta en Féliz Marín .- **La guerra de las esmeraldas;** Ediciones Baal; sin ciudad, 1979.

(2) Ver Javier Guerrero.- **"La actividad esmeraldífera y la violencia. La microhistoria institucional y contrainstitucional".- Memorias del V Congreso de Historia;** Universidad del Quindío-ICFES; Armenia, 1985; del mismo autor: **La primera violencia y los orígenes del conflicto bipartidista. El caso del norte de Boyacá en los años treinta.** Tesis de Grado; postgrado de Historia, Universidad Nacional; Bogotá, 1989 (Inédita).

(3) GUERRERO, 1985:238.

(4) Juicio contra NN y otros. Homicidios múltiples; Juzgado 2o. Superior de Tunja.



ANÁLISIS 5

CONFLICTO SOCIAL Y VIOLENCIA EN COLOMBIA

0980253114 7